

del varon y de la hembra encadenándolos para siempre el uno al otro; nada más insentato que una fidelidad que limita el más caprichoso de los goces á un solo individuo, que un juramento de inmutabilidad de dos seres de carne á la faz de un cielo que muda sin cesar, en un antro que amenaza ruina, bajo una peña que se convierte en polvo, al pié de un árbol que se pudre, encima de una piedra que rueda. »

Todo hombre dotado de grandes facultades y nacido en un tiempo en que tales facultades pueden tener aplicacion, debe á su siglo y á la humanidad una obra en relacion con las necesidades generales de la época y que contribuya al progreso general. Sean cualesquiera sus gustos, aficiones ó caprichos, debe á la sociedad un monumento público so pena de malograr su mision y malgastar su destino. Montesquieu con el *Espíritu de las Leyes*, Rousseau con el *Emilio* y el *Contrato Social*, Buffon con su *Historia Natural*, Voltaire en el conjunto de sus obras, han cumplido esta ley santa en cuya virtud el genio se consagra al progreso de los hombres. Diderot no faltó á esta ley del genio aunque con ligereza se haya dicho lo contrario (1).

(1) Esto es una rectificacion, una retractacion parcial de lo que yo habia escrito en un artículo del *Globo* que empezaba así :

« Hay en *Werther* un pasaje que siempre me ha llamado la atencion por su admirable exactitud: Werther compara al hombre de genio que pasa por medio de su siglo, con un rio abundante, rápido, de crecidas desiguales, de agitadas ondas; en sus orillas viven algunos propietarios, hombres de prudencia y buen sentido, que interesados en la conservacion de sus jardines y huertos temen que el rio se desborde y destruya su hacienda; se ponen de acuerdo para practicar sangrias al rio amenazador en una y otra márgen, abriendo acequias y canales que pueden aprovechar para regar sus huertas; algunos hacen estanques y viveros segun su fantasia. Esta especie de conjuracion instintiva é interesada de los hombres de buen sentido contra el genio superior, no se ve con tanta evidencia en ningun caso particular como en las relaciones de Diderot con sus contemporáneos. Fué aquel un siglo de análisis y de destruccion y se pensaba ménos en oponer á las ideas en decadencia sistemas completos, desinteresados, en los cuales las ideas nuevas de filosofía, de religion, de moral y de política se eslabonaran segun el orden más general y verdadero, que en combatir y derribar lo que ya no se queria, lo que ya no se creia, lo que sin embargo subsistia siempre. En vano los grandes espíritus de la época, Montesquieu, Buffon, Rousseau, intentaron elevarse á las altas teorías morales ó científicas: ó se perdian en utopias de soñadores sublimes, ó infieles á su designio volvian á pesar suyo á caer bajo el imperio del hecho. Sólo Voltaire comprendió lo que convenia; quiso todo lo que hizo é hizo todo lo que quiso. No fué así Diderot que, careciendo de aquel espíritu crítico y no pudiendo aislarse como Buffon y Rousseau, se mantuvo casi siempre en una posicion falsa, en una permanente distraccion, dispersando sus facultades en todas las formas y por todos los poros. Semejante al rio de que habla Werther,

Se concede á Diderot la fantasía humorística, las incomparables ocurrencias, las joyas diseminadas en diversas obras, el don de las novelas, de las cartas, de las conversaciones, de los cuentos, es decir, las pequeñas obras maestras, *la Religiosa*, etc., etc. Pero nos importa consignar su título social, su obra monumental, ¡ la *Enciclopedia*! Esta en su origen no debia ser más que una traduccion corregida y aumentada del Diccionario inglés de Chalmers, una especulacion de librería. Diderot completó la idea primera concibiendo un repertorio universal del saber humano de su época. Tardó veinticinco años en la ejecucion. Él fué la piedra angular y viva de aquella colectiva construccion y el punto de mira de los odios, las persecuciones y las amenazas. Alembert, que tomó parte en la empresa por conveniencia de intereses y cuyo ingenioso prefacio le ha valido una gran parte de la gloria del conjunto, desertó á lo mejor dejando á Diderot en lucha con los devotos, con la pusilanimidad de los libreros y con el exceso de trabajo. Gracias á su prodigiosa y fecunda actividad, á la universalidad de sus conocimientos y á la múltiple facilidad adquirida en la pobreza, terminó aquel edificio audaz que honra á su siglo. Si se busca el nombre del arquitecto debemos leer el suyo.

Diderot conocia mejor que nadie los defectos de su obra y aún se los exageraba. Creyéndose nacido para las artes, para la geometría, para el teatro, deploraba á menudo verse comprometido en un negocio de tan mezquino provecho y tan compartida gloria. No niego que estuviera admirablemente organizado para las artes y la geometría; pero dadas la índole y circunstancias de aquel siglo de lucha, era difícil que Diderot pudiera dar á sus facultades más útil empleo que el de consagrarlas á la Enciclopedia. Con esta obra civilizadora sirvió la corriente principal casi desapareció por las sangrias abiertas á su caudal.

Su vida se deslizó de esta suerte, pensando, hablando de sus pensamientos, escribiéndolos á sus amigos y á sus queridas; los derramaba en artículos periodísticos, en artículos de enciclopedia, en imperfectas novelas, en notas y en memorias. El genio más sintético del siglo no dejó monumento.

En realidad el monumento existe, pero en fragmentos, y como en todos estos fragmentos esparcidos se halla impreso un espíritu sustancial y único, el lector atento que lee á Diderot con simpatía y amor reconstruye fácilmente y abraza de una ojeada la obra del filósofo y los rasgos de su fisonomía; en la suya, que es la más alemana de todas nuestras cabezas, hay algo de Gœthe, de Kant y de Schiller á la vez. »

y precipitó la revolución en las ciencias que él mismo había señalado. Conozco bien las censuras que templan estos elogios; pero el espíritu antireligioso que presidió á la Enciclopedia y á toda la filosofía de entónces, no debe juzgarse bajo nuestro punto de vista de hoy sin cometer una injusticia. La contraseña, el grito de combate, « Aplastemos al infame », por decisivo, por inexorable que parezca, debe ser analizado é interpretado. Antes de acusar á la filosofía de no haber comprendido el verdadero y durable cristianismo, la doctrina católica íntima y real, debemos recordar que su depósito se hallaba por entónces confiado á los jesuitas, intrigantes y mundanos, y á los jansenistas, intratables y sombríos. Estos realizaban en los calabozos con sus verdugos y sus tormentos el abismo espantoso de Pascal. Esto era *lo infame* que calumniaba todos los días al cristianismo usurpando su nombre. Diderot, desde sus primeros *Pensamientos filosóficos*, pareció sorprendido de aquel aspecto tiránico que prestaba al dios del cristianismo la doctrina de Nicole, de Arnauld y de Pascal. Inició su crítica audaz en nombre de la humanidad desconocida y de una santa conmiseración por sus semejantes, y luégo no pudo ya contener lo que llamar pudiéramos velocidad adquirida. Así son casi todos los reformistas ó innovadores incrédulos: el punto de partida es una protesta generosa. La Enciclopedia no fué un monumento pacífico, una silenciosa torre de monasterio con toda suerte de pensadores y sabios distribuidos en los diversos pisos. No fué tampoco pirámide de granito reposando sobre base inmóvil; no tuvo nada de las armoniosas y puras construcciones del arte que se elevan fervientes á través de los siglos hácia un dios bendito y adorado. Se la ha comparado á la Babel impía; yo la compararía mejor á una bélica torre, á una de aquellas máquinas de sitio, enormes, gigantescas, maravillosas que Polibio describe, que imagina el Tasso. El árbol pacífico de Bacon se ha convertido en amenazadora catapulta. Tiene partes ruinosas y fragmentos indestructibles. El edificio caerá; ¿pero qué importa? Podemos citar aquí una frase elocuente del mismo Diderot: « la estatua del arquitecto quedará en pié en medio de las ruinas y la piedra que se desprenda de la montaña no la romperá porque los piés no son de arcilla. »

El ateísmo de Diderot, aunque á veces hizo alarde de él con deplorable jactancia, se reduce casi siempre á la negación de un Dios hecho

á la imagen de los verdugos de Calas y de La Barre. Diderot volvió sobre la misma idea presentándola bajo la forma benévola de un escepticismo ménos arrogante.

En la *Interpretación de la Naturaleza* expuso Diderot sus ideas sobre la sustancia, la causa y el origen de las cosas. Bástenos decir que su materialismo no es un mecanismo geométrico y árido, sino más bien un vitalismo confuso, fértil, potente, una fermentación espontánea, incesante, evolutiva, en la que subsiste la sensibilidad hasta en el más pequeño de los átomos. Esta era también la opinión de Bordeu y de los fisiólogos, más tarde expresada elocuentemente por Cabanis. Según Diderot sentía la naturaleza externa, la naturaleza, por decirlo así, *natural*, la que no han violentado ni falsificado las experiencias de los sabios, los bosques, las aguas, la dulzura de los campos, la armonía del cielo y las impresiones del mismo que llegan al corazón, debía ser profundamente religioso por organización, pues nadie más simpático ni más abierto á la vida universal. Pero esta vida de la naturaleza y de los seres la dejaba adrede indefinida, oscura, flotante, fuera de sí, germinando en las flores, circulando en las corrientes aéreas, ondeante en las cimas de las selvas, exhalándose en la nocturna brisa. No la idealizaba en una Providencia ordenadora.

Sin embargo, en una obra que hizo durante su vejez y pocos años antes de morir, el *Ensayo sobre la Vida de Séneca*, se complació en traducir el pasaje siguiente de una carta á Lucilius que le transporta de admiración:

« Si se ofrece á vuestras miradas una vasta selva poblada de árboles antiguos cuyas copas se elevan hasta las nubes y cuyas ramas entrelazadas os ocultan el cielo; su altura desmesurada, su silencio profundo, sus masas de sombra que la distancia os presenta espesas y continuas, todas estas señales ¿no os *intiman* la presencia de un Dios? » La palabra *intimar* está subrayada por el mismo Diderot.

Las ideas de Diderot sobre la virtud, la moral y la naturaleza se fortificaron en la soledad y en el recogimiento de los días de su ancianidad. Muchos de sus amigos habían muerto, otros se habían dispersado; la señorita Voland y el mismo Grimm le faltaban con frecuencia. Á las polémicas de mejores días, á las conversaciones animadas, prefería su bata y su biblioteca en el quinto piso de la

calle de San Benito, esquina á la de Taranne. Su vida, llena de buenos consejos y de buenas obras, le serviría de íntimo consuelo. Puede ser que alguna vez pensara en aquellas palabras de su anciano padre: «Hijo mio, es buena almohada la razon; pero mi cabeza descansa mucho mejor en la almohada de la religion y de las leyes.»

Diderot entregó su alma á la naturelaza en el mes de Julio de 1784 (1).

III

Diderot fué eminente como artista y crítico. Sin duda su teoría del drama carece de valor, si no es como un mentís dado á las convenciones, al falso gusto, á la eterna mitología de la época, ó bien como una llamada á la verdad de las costumbres, á la realidad de los sentimientos, á la observacion de la naturaleza. Es indudable que la idea de moral le preocupó en demasía; subordinó á esta idea todo lo restante, y en general, en su estética, desconoció los límites, los recursos propios y la circunscripcion de las bellas artes. Concebia el drama como moralista, la estatuaria y la pintura como literato; el estilo esencial, la ejecucion misteriosa, ese sagrado no sé qué, indispensable, *sine qua non* en toda obra de arte para que llegue á la posteridad, se le escapó con frecuencia. Le andaba cerca al buscarlo á tientas con afan, pero no le puso el dedo encima. Falconet y Sedaine le causaron entusiasmos que le deslumbraron como pudieran hacerlo Terencio, Richardson, Greuze: tales son sus defectos. Pero en cambio; qué ardiente persecucion de lo verdadero, de lo bueno, de lo que sale del corazon!; qué acierto en los detalles!; qué ejemplar sentimiento de lo antiguo en un siglo tan irreverente!; qué crítica

(1) Pocos años ántes de la muerte de Diderot publicó Garat en algun almanaque literario el relato de una visita que habia hecho al filósofo, relato burlesco, en el que las cualidades del original aparecen en caricatura. Diderot se mostró muy descontento. Con aquel rasgo presagió Garat el talento de su pluma y su poca solidez moral. Aquella *visita á casa de Diderot*, recogida por M. Auguis en sus *Revelaciones indiscretas del XVIII siglo*, es quizá el primer ejemplo en nuestra literatura del estilo á lo Janin.

tan penetrante, honesta y amorosa, hasta entónces desconocida!; cómo se identifica con su autor desde que lo toma por su cuenta!; cómo lo sigue, lo envuelve, lo desenvuelve, lo mima y lo adora! Y aunque optimista y sujeto á la ilusion, no le creáis equivocado siempre. Que diga Saint-Lambert, el autor de las *Estaciones*, quién es entre los literatos *una de las pieles más sensibles* (hoy diríamos *una de las epidérmis*); que diga La Harpe quién tiene *número, elocuencia, estilo, razon, prudencia, pero nada que palpite bajo la tetilla izquierda*;

..... *Quod læva sub parte mamillæ.
Nil salit Arcadio juveni.....*

JUVENAL.

Preguntad al abate Raynal *quién estaria sobre el nivel de La Harpe si tuviera un poco ménos de abundancia y un poco más de gusto*: preguntad, en fin, al honrado y bueno y digno Thomas, quién, al contrario de la Harpe, *lo pone todo en montañas como el otro lo pone todo en llanuras* y quién, escribiendo *acerca de las mujeres*, ha encontrado medio de componer *tan bueno, tan estimable libro, pero libro que no tiene sexo*.

Al citar á las mujeres hemos tocado la fuente más viva y abundante del talento de Diderot como artista. Sus mejores trozos, los más deliciosos de sus *papelitos*, como él los llamaba, son aquellos en que las pone en escena, en que refiere los abandonos, las perfidias, las astucias en que ellas son cómplices ó víctimas; su fuerza de amor, de venganza, de sacrificio. Los menores relatos se engrandecen en su pluma y se deslizan rápidos, arrebatadores, sencillos; impregnados, sin afectacion, de las circunstancias más familiares, como hechos por un hombre que desde muy temprano ha vivido la vida de todos los días y conoce y siente su poesía, su alma. Tales escenas, tales retratos no se analizan. Omitiendo las cosas más conocidas, recomiendo á los que no hayan tenido ocasion de leerla la correspondencia de Diderot con M^{lle} Jodin, jóven actriz cuyo talento y conducta intentó dirigir con consejos desinteresados. Es un admirable aunque breve curso de moral práctica, sensata é indulgente; es la razon, la decencia, la honradez, casi la virtud, al alcance de una jóven

actriz, buena y franca pero enamorada y turbulenta. En lugar de Diderot, Horacio, el mismo Horacio (suponiéndole ya bastante viejo para tener juicio), no hubiera dictado otros preceptos ni consejos más ajustados á lo real y posible dentro de lo humano; tampoco los hubiera sazonado con más saludables máximas ni con más acertadas y finas indicaciones sobre el arte teatral.

Dichas cartas á la Jodin publicadas por primera vez en 1821, presagiaban dignamente las cartas á la Voland que al fin poseemos hoy. En estas se revela Diderot de una manera acabada. Sus gustos, sus costumbres, la forma secreta de sus ideas y de sus deseos, lo que era en la madurez de la edad y del pensamiento, su sensibilidad inagitable en el seno de las más áridas ocupaciones y entre los paquetes de pruebas de la *Enciclopedia*, sus memorias de los pasados tiempos, su amor al pueblo natal, y á la casa paterna, y á los sitios en los cuales su infancia se deslizó, sus sueños de retiro solitario, con muy pocos amigos, y de ociosidad interrumpida por lecturas y emociones. Y en aquella sociedad que él imagina y juzga, las figuras graciosas ó grotescas, los episodios tiernos ó jocosos que resaltan y se cruzan en sus relatos: madama de Epinay con sus bucles pendientes y en la frente su cordon azul, sentada en frente de Grimm; el baron de Holbach, M. Le Roy, el abate Galiani, *tesoro en los dias de lluvia*, mueble tan indispensable que *todo el mundo querría tener uno en el campo si lo vendieran hecho*; el retrato incomparable de *Urania*, de aquella hermosa y augusta madama Legendre, la más virtuosa de las coquetas. Y su manera franca de hablar de los hombres célebres: Voltaire, *ese pícaro y extraordinario hijo de las Delicias* que en balde critica, se burla, se molesta y que *siempre verá más altos que él á una docena de hombres los cuales sin empinarse le llevarán la cabeza, pues él no es más que el segundo en todos los géneros*; Rousseau, *ese sér incoherente que acabará por hacerse fraile*. Y basta, creo, para indicar que Diderot, hombre, moralista, pintor y crítico, se muestra tal como es en esta correspondencia felizmente conservada, que hará revivir mejor que nuestras palabras una imágen envejecida pero presente siempre. Á ella enviamos á aquellos de nuestros lectores á quienes parezca que no hemos dicho bastante ó que hemos dicho demasiado.